Literatura brasileña 200 años: algunas consideraciones para hispanohablantes

Horácio Costa

1. Si todos los hispanoamericanos saben que en Brasil se habla y se escribe portugués, no es muy general el conocimiento entre ellos de las diferencias culturales, sobre el Brasil y sus vecinos de habla hispana. El texto que sigue es un intento de recordar algunas de ellas, como una especie de bitácora personal para navegación en las aguas de este «mar abierto» de aproximaciones y lejanías entre estos dos grandes bloques culturales, suscitado en mucho por mi participación en el encuentro «Literaturas americanas 200 años después de la emancipación política», llevado a cabo en Rosario del 28 al 30 de octubre de 2010.

2. En todo y para todo está el origen. No me refiero tan sólo a las muy sensibles diferencias entre Portugal y España en la Península Ibérica, sino particularmente a los proyectos de imperio colonial. Si España conquistó y ocupó los espacios desde adentro, por así decirlo, privilegiando las tierras altas de Mesoamérica y los Andes, Portugal distribuyó sus mucho menos voluminosas fuerzas (humanas, económicas, militares...) por el litoral brasileño. Esta diferencia emula, en la geografía americana, las existentes en Europa: Castilla y sus castillos, Portugal y sus playas y estuarios. Asimismo, nótese que, si las colonias hispánicas en América fueron el centro mismo de la idea de imperio español en el mundo, Brasil fue durante más de un siglo una parte secundaria del portugués: la principal estaba en la India, en Goa, sede del único virreinato (Brasil sólo pasa a serlo en 1763, cuando la capital de la colonia «baja» de Salvador de Bahía a Río de Janeiro). El Brasil fue colonizado a través de «capitanías hereditarias» donadas por

el rey de Portugal a algunas de las más importantes familias nobles, responsables por su exploración. O sea: a excepción de una capitanía, la «de la Corona», Bahía, lo que esta medida revela es la intención real de transferir el *onus* de la ocupación del territorio, digamos, a la iniciativa privada. Por eso, no se puede hablar con propiedad de una conquista de Brasil en términos semejantes a los que Castilla hace con los grandes imperios americanos, sino de un proceso lento de colonización del litoral hacia el interior. En ese quesito, hay una excepción, sin embargo: São Paulo, único asentamiento humano con alguna significación durante los primeros dos siglos de la colonia fuera del litoral atlántico, situado a setenta kilómetros de la costa, pero de ella separado por la Serra do Mar y sus desfiladeros.

Las diferencias entre el proyecto colonial llevado a cabo por españoles y portugueses abundan: las ciudades, los espacios urbanos, son la mejor traducción de eso. Como desde los años 30 del siglo pasado Sérgio Buarque de Hollanda dejó manifiesto en su clásico ensayo *Raízes do Brasil*, con observar la organización espacial ortogonal de las ciudades hispanoamericanas, sean ellas de costa o del interior, frente a la organicidad de las portuguesas, con sus calles y plazoletas que remiten a la Europa Medieval, se da uno cuenta de ello. Y más: las primeras universidades hispanoamericanas son del siglo XVI; en Brasil, hasta el siglo XX (por ejemplo, la USP, donde enseño, es de 1934), no hubo universidades, sino instituciones separadas de enseñanza. En la colonia, los brasileños que deseaban y podían obtener un título, cruzaban el Atlántico rumbo a Coimbra; los demás, tenían que hacerse religiosos y estudiar, por ejemplo, en el colegio jesuítico de Bahía, que también formaba clero secular. Libros escritos por brasileños tenían que ser impresos en Portugal, una vez que no se les permitía, a los colonos, poseer imprentas. ¡Que diferencia, por ejemplo, con México, que contó con la de Juan Pablos desde la década de 1540!

Así, la vida intelectual en ese gran territorio se dio de manera menos organizada, pero también menos controlada que en las colonias españolas. Ejemplo: en Brasil nunca hubo un Tribunal de Inquisición –estaban en Lisboa y en Goa. Acá hubo «visitaciones» del Santo Oficio, pero las víctimas eran juzgadas –y quema-

das– en Europa. La relativa menor importancia de Brasil para el centro del poder colonial, si no propició el surgimiento de culturas urbanas tan sofisticadas como las hispanoamericanos en los primeros dos siglos de colonización, fue por así decirlo compensada por la relativa mayor libertad de acción, lo que no necesariamente coincide con un menor control político de los colonos en ese tiempo. Me explico.

3. Dos procesos históricos pueden bien dar idea de eso. El primero es la expulsión de los holandeses del Noreste de Brasil, después de tres décadas de ocupación. Enemiga de la contrarreformista España en Europa, y considerando que bajo la Unión Ibérica (1580-1640) eso también incluía Portugal, Holanda había invadido las tierras productoras de azúcar en las capitanías del norte y en Bahía, de donde fue expulsa por una armada hispano-portuguesa en 1624. Sin embargo, la lucha contra los holandeses en Pernambuco, llevada a cabo después de la restauración de la monarquía portuguesa, cupo básicamente a brasileños: indígenas, bajo el comando de Felipe Camarão, negros libertos, bajo el de Henrique Dias, colonos brasileños, bajo André Vidal de Negreiros, y portugueses, bajo Antonio Dias Cardoso, el único con formación militar, se impusieron a los holandeses en dos batallas en Guararapes, marcadas por lo que hoy llamamos tácticas de guerrilla. Si los últimos grupos sociales tenían en mente la restauración de sus comercios y plantíos, los primeros tenían el objetivo de alejar el invasor protestante, más racista aún, y menos proclive al mestizaje, que los luso-brasileños. Si es verdad que Juan IV tuvo que pagar a Holanda una compensación millonaria para que se comprometiesen a no más invadir el Brasil, habían sido sus súbditos allende el mar, y sin mayores costes para sus exhaustas arcas, los responsables por el trabajo más arduo.

En segundo lugar, están las «bandeiras» que, bajo la Unión Ibérica, desde São Paulo y hacia fines del XVI, siguieron hacia el oeste, el interior de Sudamérica, franqueando los límites de Tordesillas. Si los portugueses querían oro, como el conseguido por los españoles a través de la conquista de los imperios inca y azteca, o al menos plata, como la que sus vecinos habían encontrado en el Potosí, los paulistas querían ante todo aprisionar indígenas, como los que las misiones jesuíticas españolas separaban en

comunidades aisladas y hasta cierto punto autónomas en el Paraguay y tierras aledañas. Los primeros no tenían ni dinero ni organización militar que les garantizase éxito en terrenos inexplorados y peligrosos; los segundos necesitaban que la corona de Portugal continuase a *no* conceder a los jesuitas portugueses las mismas regalías que la corte madrileña ofrecía a los suyos. La primera circunstancia hizo con que Lisboa fingiese no enterarse de las manifestaciones de autonomía de la gente de São Paulo, que muchas veces, a lo largo del siglo XVII y reunida en el cabildo, sencillamente no aprobaba las órdenes o los funcionarios provenientes de Portugal: desde su sierra, los paulistas seguían con sus hábitos predatorios y hasta, por un período, con una moneda diferente de la del resto del imperio, por no aceptar devaluaciones buenas para el rey y mala para sus súbditos. La segunda llevó a la expulsión en 1640, antes de la restauración de la monarquía portuguesa y por casi una década, de los jesuitas de la ciudad, quienes la habían fundado en 1554, para que ya no importunasen más a los «bandeirantes» con sus breves papales y envío de curas que actuaban en el Paraguay, con su programa de control y protección de los indígenas.

Esta comunión de intereses escondía, sin embargo, una política de largo alcance de Lisboa, que se hizo manifiesta cuando la gente de São Paulo finalmente descubrió oro en Minas Gerais y Goiás y Mato Grosso, oro abundante que fluyó a Portugal e hizo nuevamente de Lisboa una de las ciudades más resplandecientes de Europa: con Juan V, un rey centralizador, los portugueses les hicieron saber quienes detenían el poder político. La capitanía de São Paulo fue extinta e incorporada a Río, una ciudad más cercana al poder portugués, durante la mayor parte del siglo XVIII.

4. Acabo de utilizar la expresión «política de largo alcance de Lisboa», y eso me lleva a otro punto que cabe resaltar. Si Brasil no fue la única parte de las Américas que vivió bajo un régimen monárquico después de la independencia política, fue acá que la monarquía se estableció por más años, desde la llegada de la corte portuguesa en 1808 hasta el primer cuartelazo de nuestra historia, en 1889. De verdad, esta singularidad brasileña coincide con la expresión señalada. Para buena parte de los hispanoamericanos, el hecho de que Brasil haya vivido tanto tiempo como una monar-

quía, así como el que tal régimen no haya sido impuesto sino, a bien decirlo, programado por un sector expresivo de la élite brasileña en el principio del siglo XIX, aparece como una *bizarrerie*, una extrañeza. Sin embargo, la idea de la transferencia de la capital del imperio portugués a su colonia americana empieza ya en el siglo XVII, preconizada, entre otros, por el Padre Vieira, el mismo que tantos lectores contó en tierras hispanoparlantes en aquella época, entre ellos y como es sabido, Sor Juana Inés de la Cruz. Pues, la cuestión era sencilla: después de la restauración de la monarquía lusitana, se comprendió que el «Estado da India» demandaba esfuerzos crecientes para ser mantenido con decrecientes posibilidades de retorno económico, al paso que el Brasil ofrecía posibilidades reales a corto y medio plazo. En pocas palabras, la dimensión y los recursos de la colonia americana se imponían en la medida en que los Braganzas tenían que sobrevivir a España, inconforme con la restauración en Portugal, y que no se avizoraba nada fácil convencer a Europa de la viabilidad de una corona lusitana independiente y cabeza de imperio. Si en el siglo XVIII el influjo del oro brasileño dio la impresión de que esas cuestiones estaban resueltas, en primero lugar la crisis de la producción aurífera y, tema segundo y más importante, el bloqueo continental ordenado por Napoleón, al que Portugal no se podía sumar debido a su centenario acuerdo con Inglaterra, dio la señal: era llegado el momento de que el «plan B» de Lisboa, que por generaciones había contado con defensores en el más alto nivel del estado portugués, se realizara. Así, la transferencia de la monarquía fue un desenlace previsible para una situación histórica impostergable.

Sin saber si alguna vez podría regresar a Europa, la monarquía lusitana no escatimó esfuerzos sobre qué traer a Brasil cuando Lisboa fue invadida por los franceses en 1807. Los alrededor de trece mil viajeros –el número es incierto– incluyan no sólo la familia real y la nobleza, sino también prestadores de servicio en todas las esferas, y no sólo de la vida cortesana, sino de la misma vida oficial del imperio portugués. Para la colonia no había mucho alzada a virreinato, volverse el *locus* de una monarquía compuesta por tierras en cuatro continentes implicaba en algo más que recibir un tanto a contrapelo a una multitud de gente rara: había

mucha novedad en el bagaje real que incluyó, entre muchas cosas (coches, instrumentos musicales, artillería...) una colección de pintura –no había ninguna en Brasil digna de ese nombre– y una opulenta librería, que nos interesa particularmente enfocar. Es la misma que dio origen a la actual Biblioteca Nacional de Río de Janeiro e incluye obras que sorprenden a quien la visita –libros de horas, grabados renacentistas, primeras ediciones– que probablemente no hubiesen arribado acá, y menos a principios del siglo XIX, de otra manera. El ensayo de Lilian Moritz Schwartz *A longa viagem da biblioteca dos reis* (São Paulo, Companhia das Letras, 2002) la estudia en perspectiva y nos hace reflexionar sobre su significado: después de la independencia política en 1822, las tratativas para que permaneciese en Brasil hablan del valor simbólico que tenía para Pedro I y su idea del establecimiento de una monarquía en los trópicos; bajo el concepto de su compra a la Casa de Braganza (o sea, a su padre Juan VI, quien había regresado a Lisboa un año antes urgido de fondos para tratar de levantar la economía y hacerse respetar por sus súbditos europeos) pagó un sexto de las «compensaciones» financieras para quedarse con los bienes de la corona en Brasil.

Más allá de esa historia singular, lo que se dibuja, de nuevo, es una especie rara de comunión de intereses entre el poder metropolitano en huida e intereses de al menos sectores expresivos, y geográficamente diversos, de las élites coloniales. Una monarquía hasta entonces caracterizada por jamás cesar en su capacidad predadora, presionada por las circunstancias se disponía a enseñar por primera vez su lado *soft* –diríase en la terminología actual–; para los segundos, eso parecía cerciorar la oportunidad de llegar a una independencia política con riesgos menores de fragmentación territorial.

5. Punto y aparte. Hubo varios movimientos de separación en Brasil, en las décadas cercanas a la independencia. En la época colonial, la comunicación con Portugal era mucho más frecuente que entre las distintas partes que componían el «Estado do Brasil». Eso explica una identidad regional muy aguda, y que en la Amazonia, hubo la «Cabanagem», en Maranhão, la «Balaiada»; en el Noreste, algunos movimientos que se sucedieron, de los cuales la «Confederação do Equador», el más importante, centrado en

Recife; en Bahía, la «Sabinada»; en São Paulo, la «Revolução Liberal», en Río Grande do Sul, la revolución de los «Farrapos». Hubiésemos tenido países distintos en cada una de esas regiones o provincias? No se sabe, pero lo que sí es que las fuerzas centrífugas no fueron tan fuertes como la centrípeta, basada en Río. Quizás, o probablemente, sin la monarquía algunos o todos de esos movimientos hubiesen logrado su acometido.

La corte representaba la unión, y las élites regionales lo vieron con clareza. Si Pedro I había nacido en Portugal, su hijo representaba la posibilidad de un monarca americano, educado por tutores brasileños a partir de sus cinco años de edad, después de la abdicación y el regreso de su padre a Europa. Tal es el «secreto» de la monarquía en Brasil: haberse vuelto americana, haberse alejado de la matriz europea con determinación.

Menciono un hecho singular. La muceta –la capa de hombros que cubría a los mantos imperiales, elaborados en terciopelo y bordados en oro, como de costumbre entre las cortes europeas– de los dos Pedros era elaborada con plumas coloridas de aves tropicales brasileñas (rojas, de gallo de la sierra de las Guayanas en el caso de la de Pedro I, y amarillas, de tucanes de las matas cercanas a Río, en el caso de la de su hijo): no en armiño, como sería de esperarse si el ritual europeo fuese seguido escrupulosamente. Esa particularidad de la indumentaria oficial de los monarcas brasileños da perfectamente bien la dimensión simbólica de esta «conversión» de un continente a otro: los emperadores de Brasil eran sagrados *à la française* (recordémonos del modelo de Napoleón), pero también como grandes caciques americanos –sus «antecesores» simbólicos, cuyos mantos de comando se elaboraban con técnicas de arte plumario.

En pocas palabras: la monarquía brasileña se veía a sí misma como un espacio sincrético. Tal vez sea más importante subrayar esta vertiente de su existencia –su *deseo de sincretismo*– que su designación genérica –*régimen monárquico*– para entender su efectividad.

Por todo lo que dije, la época monárquica en Brasil no debe ser vista con estrañeza y menos como una eventualidad caprichosa, sino como un ejemplo de cómo las cosas funcionan en un país con dimensiones continentales, con diferencias regionales acentuadas

y una necesidad real de construcción de una identidad nacional. Sin exageración se puede decir que antecede, en ese sentido y en tiempos más cercanos, a Brasilia, ciudad cuyo nombre, no por azar, fue acuñado en la época de la independencia política, justamente por quien fue el gran estratega del modo brasileño de separarse de Portugal, José Bonifacio de Andrada e Silva, primer tutor de Pedro II: vale recordar que fue bajo su inspiración que la construcción de una nueva capital en el punto geográfico central del país, y con ese preciso nombre, está programada desde 1823, cuando se promulgó la primera constitución brasileña.

6. Siguiendo esas particularidades de la historia y la vida política brasileñas, y particularmente frente a los procesos vividos por las sociedades hispanoamericanas, sus efectos en la literaria son previsibles. Antes de más nada, hay que tener cuidado: si entre hispanoamericanos y brasileños la *periodización* de las series literarias es semejante –barroco, romantismo, realismo, etc.–, sin embargo, los contenidos que esas palabras genéricas designan son muchas veces distintos. Sin llegar a la distancia epistemológica –que, con el término «modernismo», asume significados totalmente distintos, designando «vanguardias» para brasileños, y «simbolismo» ó «decadentismo» para hispanoamericanos–, pues, la terminología común esconde fenómenos diversos. En ese sentido, esas disyunciones emulan los falsos cognados en portugués y castellano: palabras que se escriben igual quieren decir cosas distintas, por veces opuestas.

Por ejemplo, la cultura brasileña del romantismo, que coincide con la independencia política, en Brasil es mayoritariamente monárquica, y lo será hasta adelantado el siglo XIX, cuando el naturalismo y el ideario positivista y republicano empieza a ser oído. De todas maneras, los grandes poetas –Gonçalves Dias– y novelistas –José de Alencar– de la época no ponen en tela de juicio la idea del régimen, sino la exaltan. Y el mayor escritor brasileño del siglo XIX, Machado de Assis, con acuciosidad de maestro, en la altura de proclamación de la república, escribe la novela *Esaú e Jacó*, en la que Flora, el personaje femenino, es cortejada por dos gemelos, uno republicano y otro monárquico, guapos, aguerridos e igualmente a ella dedicados; sus dudas sobre cuál de los pretendientes preferir, y la insistencia de ambos en ganarla

como a un premio que cerciorase la superioridad de su ideología sobre la de su hermano, llevan a que la enamorada de ambos fallezca –¿debido a sus dudas?– en la flor de su juventud. Machado de Assis, por otro lado, fue en buena medida el responsable por la inauguración de la Academia Brasileira de Letras, a fines del XIX, con lo que de alguna manera busca dejar claro que importaba más para su visión de la literatura brasileña la literariedad misma que la puesta en servicio de la pluma a cualquiera ideología, máxime las de cuño político.

7. Ese tono de escepticismo sobre los embates de ideologías «redentoras» caracteriza a buena parte de la producción literaria brasileña de hace un siglo. Así, la gran obra del período es el libro *Os Sertões*, de Euclides da Cunha, que desenmascara la pretensa superioridad moral del ejército de la nueva república en someter a fierro y fuego un levante milenarista llevado a cabo por un fanático religioso en los rincones más miserables del interior de Bahía. Esta obra revela que el verdadero embate en el país no era entre liberales y conservadores o entre republicanos y monárquicos, sino entre los brasileños del litoral y los del interior, donde el estado y sus sistemas de servicios, de control y la reproducción de los discursos dominantes no habían llegado.

Más allá de los programas de modernización racional, parece decir ese reportaje fundamental (que sí, reportaje: *Os Sertões* fueron escritos como una serie de reportajes de guerra, siendo su autor el enviado del periódico *O Estado de São Paulo* al frente de las operaciones), el problema de fondo de la ecuación brasileña se fincaba en los *tiempos* distintos en que vivían eses grupos humanos, uno regido por la historia, otro por el mito.

Justamente, la aproximación de eses hemisferios es la piedra de ángulo de la operación del modernismo (utilizo acá de la palabra en su acepción brasileña). La más importante conceptualización del movimiento de 1922, en ese sentido, se puede entender como la unión de esos términos antinómicos: la teoría «antropofágica», enunciada por el poeta Oswald de Andrade en el «Manifesto antropófago», en 1928. El núcleo conceptual de ese manifiesto retomaba el concepto indígena de la antropofagia ritual, en la época de la colonia muchas veces practicada contra europeos y para su horror, aunque tuviese lugar de honor en las culturas ame-

ricanas. Para los indígenas que ocupaban el actual territorio brasileño –como los tupíes–, comerse al colonizador implicaba no solo exterminarlo y alimentarse de sus fuerzas sino homenajearlo en sus más importantes calidades.

El instrumento de liberación cultural que el manifiesto antropófago significó tuvo un alcance muy largo y caló muy hondo por muchas generaciones. Sin duda, en las lindes de la cultura, fue el responsable por la relativización, a lo largo de las décadas intermediarias del siglo pasado, de ciertas antinomías que pudiesen haber generado parálisis intelectual, como «subdesarrollo» *versus* «desarrollo» culturales, en las que el vía de regla el «mundo desarrollado» era idealizado y pertenecía a «ellos» (norteamericanos, europeos) y el «subdesarrollado» nos cabría a «nosotros», inocentes o no tan inocentes habitantes del Sur. Por otro lado, excluía el miedo, o aún el complejo de inferioridad en el trato con los pueblos dichos hegemónicos, al paso que preconizaba en sus límites conceptuales una cultura híbrida, fusionada entre la local y la de «importación», una cultura brasileña en la que cabría el carnaval y la llamada cultura de erudición en contacto e inseminación mutuos.

8. El radical y profético espíritu de vanguardia del juguetonamente «metafísico» enunciado oswaldiano –«tupí or not tupí, that is the question»–, en el que retomaba el espacio mítico de una temporalidad pre-cristiana, antes de la arribada de la «historia» (vista como historia occidental), a bien decirlo nunca fue superado. Fue el pasaporte para la invención de un *modus* de lidiar con influencias, condicionantes y proyectos, que se reflejó en todas las áreas de la vida brasileña: sin el, no se entendería ni la bossa-nova ni la poesía concreta en los años 50 y 60, y quizá tampoco la arquitectura monumental-moderna de Brasília. Más cercano en el tiempo, esa actitud explica tanto la cultura empresarial agresiva de las élites económicas brasileñas dentro y fuera del país, en su búsqueda de volverse *players* globalizados, así como fenómenos más *light*: las semanas de moda contemporáneas de São Paulo y Río de Janeiro, la enorme curiosidad gastronómica *fusion*. Finalmente, ese «pasaporte antropófago» facilita la incorporación –mejor: la *ductilización*– de vocablos de otras lenguas al portugués brasileño hablado y a la lengua escrita, abandonado totalmente el horizonte epistemológico de cualquiera «pureza» lingüística.

9. ¿No explicaría ese gesto fundacional la propensión de la literatura brasileña moderna en hablar con pocas metáforas y tratar con suspicacia a los asuntos «elevados» y los esquemas retóricos «difíciles»? en verdad, el modernismo creó una vacuna contra la explanación filosofante, contra las estrategias de elevación del discurso literario. Evidentemente hubo excepciones, pero casi toda elisión de algún contacto con la realidad pasó a ser vista con sorna, valiendo lo mismo para la creación de climas de «profundidad», por un lado, así como para las exploraciones imagéticas propias del surrealismo, que nunca cundió entre nosotros. En ese sentido, el *stream of consciousness* de algunas de las narrativas más poderosas del siglo pasado –pienso en *Grande Sertão: Veredas*, de Guimarães Rosa, *Fogo Morto*, de José Lins do Rêgo y *São Bernardo*, de Graciliano Ramos– son grandes ejercicios de lenguaje y estilo, pero se refieren a hechos e historias ancladas en la realidad y narradas por personajes que cargan perfectamente con su papel centralizador como narradores.

Es evidente que, en el terreno de la poesía eso no ocurre, pero la fórmula, a bien decirlo, de variar el *modus* diccional central del modernismo fue afirmar la importancia del experimentalismo y de las actitudes de vanguardia como garantes de la calidad literaria. A partir de ahí, el camino para la exploración de registros poéticos múltiples era estimulado; así, juegos imagéticos y la afirmación de una sensibilidad barroquizante, y por otro lado, actitudes de incorporación de registros «elevados», antes marginales en el discurso de la poesía brasileña, pasaron, con la postmodernidad, a ser considerados con relativa naturalidad. El juego entre esa pluralidad de registros y aquellos trillados por la «tradición modernista» del siglo XX, anclada en el espíritu de las vanguardias, da hoy por hoy la tónica a la obra de muchos poetas que cruzaron creativamente el año 2000, yo inclusive.

10. Sin embargo, ni todo es tan harmónico ni tan lindo –o tan «afortunado»: recupero la terminología de un influyente crítico literario de los años 50, Afranio Peixoto– en la república de las letras brasileñas. Por un lado, está la cuestión de la pérdida de centralidad social de la literatura como un todo, centralidad esa que *sí* tuvo a lo largo del siglo XIX y la mayor parte del XX, algo que no le es exclusivo puesto que sucede en buena medida en casi

todas las sociedades contemporáneas y es un epifenómeno de la post-modernidad. Por otro lado, existe la dificultad misma del discurso de la literatura brasileña –y particularmente de la crítica literaria académica–, en incorporar la idea de que su canon *no* está completo, que es algo que implica constantes revisiones y de un sistema de duda sistemática para continuar a tener interés, bajo pena de perder su sentido libertario e inventor de una cultura nacional dinámica.

Quiero particularizar lo que acabo de decir. Soy homosexual y como homosexual me parece que la aparente ausencia en la república de las letras brasileñas de registros de la experiencia de la diversidad sexual, del homoerotismo en lo particular –carencia de relecturas críticas y memorias, en que pese un núcleo de autores de peso (Adolfo Caminha, Lúcio Cardoso, entre tantos)–, que se traducirían en prestigio académico y una concomitante liberación del corsé del canon literario diseñado hace cincuenta o más años, puede muy bien tornar más tangible lo que acabo de decir. ¿O no?

La experiencia brasileña y del mundo actual se construye entre las tensiones provenientes de la uniformidad del mercado y el primado de sus técnicas, así sea para vender dioses o jabones, *versus* la diversidad de las vidas individuales y de grupos específicos. Las particularidades históricas y sociológicas del Brasil, de su formación como nación integrada en un proyecto de construcción de una sociedad conformada y enriquecida por el mestizaje, el sincretismo y la convivencia más o menos pacífica de las diferencias, implica justamente la constante revisión y la ampliación de sus mismas bases. Ya sea en el terreno de la creación o de la crítica literaria, cabe a nosotros hacerlo, pasados doscientos años. Ahora.

Por esta bitácora que aquí se encierra, recogí, sea por razones antes que nada de estrategia ensayística –que otra hubiese igualmente desarrollado: más fácil, basada en las semejanzas entre los bloques culturales brasileño e hispanoamericano–, decía: recogí la «gran narrativa» brasileña o el mito nacional, cuyo recorrido muy sumariamente intenté relevar a lo largo de estas consideraciones. Negarla no me parece imposible: fútil, sí. Amplificarla y revisarlo, sin embargo, no me parece fútil, sino necesario